

FUNDAMENTOS DE UNA POLÍTICA Y CONSTRUCCIÓN DE UNA FUERZA DIRIGENTE

Prólogo de Jaime Ahumada Pacheco Cientista Político y ex miembro del Comité Central del Partido Socialista

INTRODUCCIÓN

Sin dudas, que la vida de Ampuero está profundamente ligada al desarrollo de la fuerza dirigente del socialismo chileno y a la inserción de éste en el acontecer del país, la región latinoamericana e inclusive en la compleja dialéctica del movimiento democrático y revolucionario mundial.

Resulta relevante la forma como la hegemonía dirigente conformada alrededor de Raúl Ampuero, en el período comprendido entre 1946 y 1967, logra fundamentar una política de poder, un proyecto de sociedad, una línea internacional y una concepción de partido.

Estos grandes enunciados que marcaron época y fueron decisivos para el posterior triunfo de la izquierda en 1970, se concretaron en: la Política de Frente de Trabajadores, que posiciona al proletariado en la conducción de la izquierda, el Programa de 1947, que fundamenta la República Democrática de Trabajadores, la línea internacional, independiente y autónoma, que le da dimensiones latinoamericana y mundial a la estrategia impulsada por el partido de unidad de todos los movimientos, partidos y países que luchan por el socialismo a nivel planetario, la construcción de un tipo de partido que, en los hechos, implicaba la alianza de los sectores más avanzados del pueblo con los sectores medios e intelectuales.

Sería equívoco afirmar que Ampuero elaboró una teoría acabada del socialismo chileno, pero igualmente equívoco sería desconocer o silenciar su compromiso en el desarrollo de una posición partidaria original e independiente, dentro del marxismo y, al mismo tiempo, colaborar activamente en la conformación de una fuerza dirigente.

En este intento, que marca a las genuinas posiciones socialistas, resalta su capacidad teórica y política para articular las particularidades nacionales con los distintos escenarios de orden latinoamericano y mundial.

Poseedor de una vasta cultura marxista, creadora y crítica, supo unir los conceptos de clase social y lucha de clases con los de Estado y revolución y explicar cómo éstos influían en lo nacional e internacional, en función de la correlación de fuerzas, las especificidades de cada situación y el período histórico concreto que se vivía.

Partiendo de un anclaje que aplica las tesis marxistas a las particularidades de una situación concreta, especialmente en Chile y América Latina, penetra en los rasgos de identidad y carácter del partido, en la elaboración de su línea estratégica, las vías para llegar al socialismo, la

autonomía ideológica y política en sus relaciones con los centros, los llamados campos o bloques de posicionamiento de las grandes potencias y las alianzas y los partidos que las sustentan, la paz y la guerra; el latino americanismo, el internacionalismo, el antiimperialismo y la integración democrática del movimiento revolucionario mundial.

En todos estos análisis, se perfilan evidentes rasgos de originalidad y apertura política e ideológica. Considera que el partido no es una secta ni el marxismo es una religión, sino que son creaciones del hombre y, por lo tanto, deben responder a sus intereses y demandas, a sus formas de organizarse y de ver la vida en una realidad determinada.

Ampuero piensa que la elaboración de la estrategia tiene tiempos, velocidades y dirección y se construye con el pueblo, de cara al país y tomando en cuenta sus inserciones regionales y mundiales, ya que no existe una sola vía para llegar al socialismo. Esta es una empresa humana y de gran complejidad y no está sujeta a un mismo ritmo, programa o dirección en todas las latitudes, de modo que más de algún pueblo que emprenda su camino de liberación, sin ceñirse a las sagradas pautas de la ortodoxia, puede alcanzar estadios superiores de praxis revolucionaria, que otros que, siguiendo al pie de la letra las "escrituras" lo han intentado o incluso coronado.

En una época de auge de la política soviética de "país y partido guía", Ampuero plantea que no existe un solo centro ideológico y político, porque cada partido y país determina el desarrollo de su estrategia de acuerdo a sus propias realidades, ya que ni la antigüedad de la experiencia, ni la magnitud geográfica del país, ni el tamaño de su población, ni su poderío bélico o material, ni menos la aristocracia de los partidos guía o de los monopolios de clase, constituyen factores suficientes para asignar la dirección del movimiento socialista a una nación o partido determinado.

Polemizando con fuerzas que pretendían trasladar mecánicamente el modelo soviético a las particularidades del país, sostiene que para un marxista consecuente el mundo no está dividido en campos o áreas geográficamente determinadas o responde al mando de potencias o liderazgos que dicen estar en posesión de verdades cuasi inmanentes. La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases, más nítida y esquemática en algunas regiones y más primaria y compleja en otras, pero constituyendo siempre un factor decisivo de la pugna histórica.

Como se sabe, el socialismo no es una gracia del cielo, ni una categoría abstracta, es una realidad, es un proceso donde el establecimiento de relaciones socialistas auténticas y avanzadas entre los hombres, está indisolublemente ligado al avance de la base material y de la conciencia político-moral de la clase trabajadora, en función de las condiciones específicas, estado de avance del proceso revolucionario y la capacidad de dirección y acción del o los partidos.

En el período de mayor influencia dirigente, se sumerge en la teoría y práctica de un camino nuevo y autónomo para el partido.

En los años de 1947 hasta 1957, transita en medio de las complejidades y alineamientos de la posguerra, levantando las banderas del nacionalismo revolucionario y la fuerte crítica desde la izquierda al capitalismo y al estalinismo que, tratando de imponer sus estrategias expansionistas y de enfrentamiento bélico, pretendían la sumisión de pueblos, países y partidos a la lógica guerrillera y de gran potencia de sus respectivos bloques político-militares.

Con posterioridad; entre 1957 y 1967, no solamente se juega por el entendimiento socialista-comunista en el Frente de Acción Popular y la unidad del partido, ya muy permeado por la estrategia de Frente de Trabajadores y la hegemonía popular de la izquierda, sino que junto a la Federación Juvenil Socialista es uno de los principales impulsores de la política internacional independiente, no alineada, de apoyo a la revolución latinoamericana y de unidad del movimiento revolucionario mundial en los marcos de los principios marxistas y del desarrollo de la democracia socialista.

AMPUERO Y ALLENDE EN LA HISTORIA DEL PARTIDO SOCIALISTA

Ampuero es junto a Allende, uno de los más importantes líderes del socialismo chileno. Ambos se proyectan hacia el presente con sus propias identidades y estilos. Tanto en la historia del partido como del movimiento popular, sus vidas se cruzan y constituyen ejemplos de liderazgo consecuente, proyección histórica, honradez a toda prueba y decisión revolucionaria.

Ampuero, resalta como teórico, organizador y dirigente del partido. Allende es el indiscutible líder de masas y articulador del movimiento popular.

La firmeza en la expresión de los principios, en la dirección estratégica y en la creación de una política de poder son las más relevantes cualidades de Ampuero.

Su carísima de conductor de masas, su lealtad al pueblo y a los trabajadores y su protagonismo histórico en la praxis de la vía chilena al socialismo, distinguen la vida política de Allende.

Juntos, constituyen la expresión más acabada de las grandes matrices históricas del socialismo en Chile que arrancan de una visión original para aplicar el marxismo a las particularidades nacionales, construir un partido de los trabajadores y desarrollar un movimiento popular, democrático y revolucionario de gran autonomía ideológica, política y orgánica, portadores singulares del cuestionamiento radical al desarrollo capitalista y, a la vez, impulsores de la construcción del socialismo en los escenarios del país y de la región latinoamericana.

En el entorno de ambos líderes, se desarrolla, también, una notable generación de dirigentes cuyo enlace histórico con los fundadores es la lúcida figura intelectual de Eugenio González.

En esta perspectiva, y comprendiendo a fondo la relación dialéctica de personalidades y dimensiones de la política que conduce a la histórica victoria popular de 1970, destaca el rol jugado por Ampuero en el partido eje de esta política. No en vano él es el hombre que recupera

al socialismo de sus crisis de los años 40, que le abre decididamente paso a los procesos unitarios del partido y de la izquierda, que consolida la autonomía ideológica y política de la organización partidaria en todo el país, le otorga identidad y definición internacional, que cohabita en un complejo juego de contrarios y de hegemonía política con Salvador Allende y que contribuye poderosamente en la reconstrucción de una fuerza socialista, independiente, plural y alternativa de poder y sociedad, fundamentada en la unidad de la izquierda, en el singular entendimiento con los comunistas y con otros partidos y fuerzas populares.

Si bien Ampuero es el que posiciona al partido como candidato al poder, la destreza táctica de Allende es el factor que posibilita la construcción de un gobierno popular y que proyecta la vía chilena al socialismo como uno de los más singulares caminos para avanzar hacia la nueva sociedad. La historia y las circunstancias conspiraron para que estas tremendas personalidades no pudieran unirse en un ejercicio conjunto de un proyecto de país que ellos habían contribuido tanto a elaborar.

SOCIALISMO Y HEGEMONÍAS PARTIDARIAS

En el Partido Socialista de Chile, organización política de gran influencia en el desarrollo del país desde los años 30 del siglo recién pasado, se incubaron hegemonías políticas decisivas para entender sus formas de análisis, originales y creadoras de la realidad chilena, latinoamericana y mundial.

Tanto Marmaduke Grove como Salvador Allende y Raúl Ampuero, agruparon alrededor de sus concepciones de partido, estrategias, políticas de alianzas, proyectos de país y de inserciones internacionales, a grupos dirigentes internos y externos que los apoyaron en sus respectivos liderazgos.

En este sentido, en el momento mismo en que surge la idea de crear el partido, se posicionan los elementos que desarrollaran su fuerte personalidad nacional e internacional.

El socialismo chileno nace de una revolución que tuvo como protagonista a un movimiento de masas, de trabajadores y grupos medios con apoyo activo de un sector progresista de las fuerza armadas, cuya expresión más contundente es el Comodoro del Aire, Marmaduke Grove Vallejos. La organización asume como fundamento ideológico y político el socialismo marxista, enriquecido con la práctica social y rectificado por el devenir histórico. Se constituye a la vez, en los hechos, contrariando todos los dogmas establecidos de la época, como partido socialista marxista y movimiento democrático-revolucionario, en base a la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, proletariado y pequeña burguesía, para lograr la constitución de una república y un gobierno democrático, hegemonizado por los trabajadores, que posibilite el surgimiento de una federación de repúblicas socialistas de América Latina.

Su adscripción original al marxismo, en un gran esfuerzo de síntesis entre las particularidades nacionales y las exigencias de la vida internacional, rechazando las rigideces dogmáticas del comunismo estalinista y del pragmatismo extremo de la social democracia, devenida en la

izquierda del sistema capitalista, articulan su internacionalismo fundamentado en la unidad e integración latinoamericana, lucha contra los imperialismos y expansionismos y su inserción en el amplio movimiento mundial por el socialismo y la democracia.

En base a éstos originales lineamientos y de su evidente proyección estratégica, es posible explicarse su carácter de movimiento-partido que posibilitó que surgieran, en los años 30 y 40, primero, el grovismo y posteriormente, en los años 50, 60 y 70, el allendismo y el ampuerismo.

El grovismo de los orígenes del partido, no fue otra cosa que la articulación de un singular liderazgo nacional con la construcción de un partido que debía expresar creadoramente al movimiento que sustentaba al líder y que se proyectaba para aplicar el marxismo en las condiciones específicas de Chile y para Chile, sin sujeción a centro internacional alguno.

Resaltan en el período de desarrollo del grovismo, la fundación del partido, el reagrupamiento del movimiento popular, la formación del Block de Izquierda y del Frente Popular, que posibilitan la primera experiencia de gobierno del socialismo y la incorporación a los cuadros de dirección de Allende, como Diputado y Ministro y de Ampuero, como Secretario General de la Federación Juvenil Socialista y más tarde como Secretario Regional de Santiago.

La fortaleza política y electoral del PS y las candidaturas presidenciales de Grove y Schnake, que intentaron posicionar a los trabajadores y sus partidos en la conducción de la alianza con los sectores medios, chocaron con las pretensiones de poder burocrático del Partido Radical que, paradójicamente, fueron apoyadas por los comunistas, cumpliendo las consignas de la Internacional, que estrenaba en Chile su estrategia de colaboración de clases y de las alianzas con la mal llamada burguesía progresista.

El allendismo es expresivo de otro momento de la lucha de clases y de las contradicciones en el seno del pueblo. El movimiento popular ha sobrepasado al partido y lo que podría denominarse el diálogo entre Ampuero y Allende y sus hegemonías partidarias, se va transformando en un juego de los contrarios. Si bien el allendismo convive contradictoriamente con el ampuerismo, no puede explicarse si no es en la dialéctica de este diálogo antagónico con el líder juvenil que lo derrota en el XI Congreso, celebrado en Concepción, en octubre de 1946.

El partido termina por agotar su frustrante experiencia en el frente popular y corroído por el ministerialismo, los oportunismos y corrupciones, pasa de la política de Tercer Frente y la colaboración con el interinato presidencial de Duhalde a una estrategia de reposicionamiento ideológico y político que encabeza Raúl Ampuero. Éste, que tiene que superar escisiones, el ataque constante de la derecha y del centrismo e incluso el hostigamiento del Partido Comunista desde las espurias posiciones de poder con González Videla, celebra su histórica Conferencia Nacional de Programa, en noviembre de 1947, donde se aprueba el documento Por una Democracia de Trabajadores, fruto en gran medida de la inteligencia y lucidez de Eugenio González y de la dirección surgida en Concepción, en 1946. El programa redefine las bases teóricas y programáticas del socialismo a la luz de las realidades que surgen de la segunda

guerra mundial, de la primera experiencia de gobierno del partido y de las líneas fundamentales que se abren en el escenario nacional e internacional.

No obstante, que la derrota interna de Allende lo desperfilaba en el seno del partido, esta circunstancia lo convirtió en referente, directo o indirecto, de las oposiciones internas de 1948 a 1950, aunque sin aceptar la terca renuencia de los viejos equipos dirigentes y de la burocracia sindical a la política aprobada en Concepción y en la Conferencia Nacional de Programa.

Sin embargo, el audaz e inesperado apoyo del socialismo mayoritario (PSP) a la candidatura presidencial del General Carlos Ibáñez del Campo, en 1950, provocó la salida del partido de Allende y su grupo más cercano que, incorporándose a la minoría existente, asume el control de esa organización.

En 1952, la minoría socialista, junto al Partido Comunista, en un paso táctico que no da los resultados esperados, conforma, primero, el Frente del Pueblo y proclama, después, la candidatura a la Presidencia de Chile de Salvador Allende, que solamente obtuvo 50 mil votos frente a los 450 mil sufragios del General Ibáñez.

Sin lugar a dudas que tanto la fría decisión de los socialistas populares de incorporarse al inmenso caudal de masas impulsadas por la figura potencialmente anti oligárquica de Ibáñez, como la proclamación de Allende, en las presidenciales de 1952, que hace la minoría socialista, en una también impensada alianza con el Partido Comunista en el Frente del Pueblo, constituyen pasos de gran audacia de políticas que buscan una potente inserción de masas y de reconstrucción de la izquierda y del movimiento popular; además, consciente o inconscientemente, pareciera que ambas políticas buscaban la instalación de un liderazgo que abriera nuevas perspectivas, en un escenario de auge y movilizaciones populares.

Ahora bien, si en los años 30, el inmenso apoyo de masas que concitara la figura de Grove y el surgimiento del socialismo, provocó el rechazo de los comunistas, que no aceptaban rivales en la eventual conducción de las alianzas y que además, apoyaba sin condiciones el sectarismo estalinista soviético, este mismo partido, en los escenarios de los años 50, debilitado por la aplicación de la represiva Ley de Defensa de la Democracia y el discurso de Jruschov, denunciando el culto a la personalidad y los crímenes de Stalin, le pidió disculpa a los socialistas y demás partidos de la izquierda por sus actitudes anti unitarias y seguidistas, cerró filas en el Frente de Acción Popular y apoyó al candidato socialista Salvador Allende, en 1958.

De alguna forma, para que esto ocurriera, fue necesario que Ampuero y el Socialismo dieran fe del viraje comunista a nivel internacional y su nueva y abierta actitud para llevar adelante la política de alianzas.

Se partió del hecho de que socialista y comunistas habían agotado, cada uno en su oportunidad, la experiencia de gobernar en colaboración con partidos centristas, de clara filiación burguesa.

En algún momento, ambos partidos pensaron que la hegemonía sobre las masas que no habían podido dirimir en una larga rivalidad alentada en la base, podría definirse desde las alturas del poder, especialmente en los gobiernos de Gabriel González Videla y de Carlos Ibáñez del Campo.

Para lograrlo, separadamente, habían desplegado tácticas diferentes, pero unos y otros habían fracasado.

Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista, reconoció con honestidad que socialistas y comunistas habían disputado muchas veces la dirección del movimiento general de los trabajadores, tratando de desalojarse recíprocamente. A su vez, Ampuero, desde la Secretaría General del Partido Socialista, fue claro al decir: que la división del movimiento popular, sólo le servía a los enemigos del pueblo y de los trabajadores.

LA CRISTALIZACIÓN DEL CAMINO AUTÓNOMO Y DE LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

Entre 1946 y 1967 se dimensiona una compleja, rica y creadora praxis en el socialismo chileno. La complejidad está dada por las diversas experiencias que se suceden en el gobierno del país y los quebrantamientos internos del socialismo que desarrollan corrientes oportunistas, de derecha y de izquierda, que repercutirán en la experiencia revolucionaria de 1970-1973.

En el período, se agota la experiencia reformista de los presidentes radicales.

El terremoto ibañista, en 1952, si bien produce réplicas de modernización político-institucional y de derogación de leyes represivas, resulta incapaz para avanzar hacia la reforma agraria, la sindicalización campesina, la nacionalización de las riquezas básicas o el desahucio del pacto militar con los Estados Unidos.

Jorge Alessandri (1958-1964) posiciona una suerte de gobierno de gerentes o de una tecno burocracia que intenta modernizaciones en el aparato del Estado y en sus relaciones con el sector privado, pero que termina entrampado en el juego de la clase política más tradicional y del empresariado conservador, postergando las crecientes demandas que se venían articulando desde el Frente Popular.

En fin, hacia 1964 se instala en el gobierno Eduardo Frei Montalva que, con su revolución en libertad y el Partido Demócrata Cristiano, del comunitarismo y la promoción popular, propone al país un amplio programa de reformas en la agricultura, industria, las riquezas básicas y las políticas sociales.

Esta es una época de ensayos y cambios, donde el país busca, con creciente presencia popular e incorporación de nuevos contingentes sociales, un profundo cambio en el desarrollo económico y en su sistema político.

Los quebrantamientos internos del socialismo, especialmente el de 1967, limitaron su potencial ideológico, político y orgánico que se estaba desarrollando desde 1946, ya sea por las exigencias de un proceso unitario (1957), por muchos conceptos precipitado, y obligado más por el desastre electoral que por un debate transparente de las divergencias y convergencias o, también, por la validez creciente de la opción presidencial socialista y de la izquierda que fue

transformando al partido en un gran afluente orgánico de diversas corrientes ideológicas y en un virtual campo de maniobras de los oportunismos de derecha e izquierda.

La rica y creadora praxis del socialismo, se instala con la forma democrática de resolución de los conflictos de 1948 y de 1950 y por el desarrollo de la política nacional e internacional liderada por Ampuero y que lleva a la victoria, con su estilo y capacidad táctica, Salvador Allende, en 1970.

Ese proceso de creación teórica y de instalación en el escenario chileno de una forma de hacer política de vastos alcances estratégicos, consecuencia teórica y práctica así como de solventes dimensiones éticas, contrasta y supera las complejidades de los quebrantamientos internos, le da resolución democrática al desplazamiento de la hegemonía grovista por el ampuerismo emergente y permite la difícil y dialéctica cohabitación de las hegemonías de Allende y Ampuero, dentro de los principios matrices del socialismo.

Ambas hegemonías partidarias, surgen del enfrentamiento del Congreso de Concepción (1946), se desarrollan buscando espacios propios en las experiencias del Partido Socialista Popular (mayoría) y del Partido Socialista de Chile (minoría), establecen un virtual pacto de coexistencia y división del trabajo interno, entre 1957 y 1965, para, posteriormente, volver a enfrentarse en el Congreso de Linares (1965), y el Pleno del Comité Central, de junio de 1967.

Ampuero derrota a Allende en Concepción, en 1946, aún cuando ambos estaban por desplazar al grovismo agotado de las instancias de dirección del partido. Sin embargo, por esas jugarretas de la historia, Allende acepta representar, en ese Congreso, a los sectores más marcados por la frustrante experiencia del Frente Popular y de los gobiernos radicales.

Allende derrota a Ampuero en Santiago, en 1967, estando ambos de acuerdo que se incubaban, en el partido, políticas oportunistas y extremismos revolucionarios que ponían en jaque las bases estratégicas delineadas desde el Programa de 1947, el desarrollo de una vía político-electoral para conquistar el gobierno y la autonomía e independencia en el tratamiento de las relaciones internacionales que han caracterizado al socialismo chileno.

Simplemente no pudieron, ni Allende ni Ampuero, profundizar las líneas que habían permitido la cohabitación de sus hegemonías desde la unidad de 1957. Ambos liderazgos fueron sobrepasados por las rigideces de sus entornos y su incapacidad para entender que se necesitaban para coronar con éxito el camino al socialismo que ambos habían forjado.

Si se mira con perspectiva histórica, tanto lo ocurrido en Concepción, en 1946, como en Santiago, en 1967, son momentos políticos decisivos para entender el período 1967-1973, que dejan profundas lecciones para un análisis autocrítico del desarrollo del Partido Socialista durante la dictadura militar y la misma transición hacia la democracia de estos años.

Los veinte años de Ampuero entregan tres momentos de creación, intensa praxis y proyección histórica del socialismo chileno:

- a) La elaboración del Programa de 1947, Por una Democracia de Trabajadores, que fundamenta la autonomía y las originalidades del Partido Socialista en su línea nacional e internacional;
- b) La teoría y práctica de su Política Internacional Independiente, especialmente a partir de 1957; y,
- c) La cristalización de la Vía Chilena al Socialismo, dimensionada de forma magistral en los consensos y disensos que protagonizaron los liderazgos de Allende y Ampuero, las figuras más sobresalientes del socialismo en las últimas cinco décadas.

Más allá o más acá de las divergencias de la época, el programa democrático de la República Socialista de 1932, "De acción económica inmediata", se continúa y se profundiza en el Programa de 1947, Por una Democracia de Trabajadores, y éste es el antecedente y la base del Programa del Gobierno Popular de Salvador Allende.

La revolución y la democracia, el pueblo movilizado y la construcción de historia y de un país en la dirección de una democracia activa y de un socialismo autónomo, nacional y latinoamericano, signan al partido en el desarrollo de su historia y en su entronque con el desarrollo del país.

El Partido Socialista, desde sus orígenes, considera a la democracia y al socialismo como un proceso ininterrumpido donde la mente liberadora del hombre, su esfuerzo y su trabajo, la producción, la creación y entrega solidaria y la capacidad de convencer, trabajar con las ideas y las utopías desde la sociedad y el estado, se pluralizan y socializan como condición de igualdad de oportunidades, de libertades, y de crecimiento de los unos y de todos.

En resumen: Marmaduke Grove, Eugenio Matte Hurtado y Oscar Schnake son protagonistas de primera línea en la República Socialista del 4 de junio de 1932, en la fundación del PS y en la elaboración de las bases de sustentación ideo-política hasta 1947, en el Block de Izquierda y en las políticas antiimperialistas, el latino americanismo, el antifascismo y en la formación del Frente Popular.

Eugenio González, Salvador Allende y Raúl Ampuero, representan el Programa por una Democracia de Trabajadores, de 1947, el relanzamiento del partido como conductor del movimiento popular, la reconstrucción de la izquierda, la política internacional independiente y la elaboración y puesta en práctica de la vía chilena al socialismo, que culmina Allende con la instalación del gobierno popular, democrático y revolucionario, en 1970.